

MENTIRA AMOROSA

POR EVELYN BRENT

N.º 15

Y MONTE BLUE

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Diputación, 292 - Barcelona

Año I

Núm. 15

MENTIRA AMOROSA

Drama cinematográfico, según la novela de Peter B. Kyne, «The Harbor Bar», adaptada a la pantalla por Thompson Buchanan, bajo la dirección artística de Katherine W. Buchanan.

INTERPRETACIÓN DE

Evelyn Brent y Monte Blue

EXCLUSIVA DE

LOS ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 62 - BARCELONA





Mentira amorosa

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

En North Bend, en el Pacífico, centro comercial de contratación de maderas, una barra de rocas peligrosísima obstruye su puerto. Muchas eran las víctimas que guardaba en su trágico seno en el comienzo de esta narración, y muchos también los restos de las embarcaciones que se atrevieron, en tiempo de tempestad, a afrontar la cólera de las aguas en aquel siniestro lugar.

Elena Graig, novia de un bravo marino, el capitán Pedro Stover, no sabía habituarse a las ausencias que la profesión imponía a su prometido, y largas eran sus horas de contemplación del mar cuando él se hallaba en él.

Opuestamente a la conducta de Elena, Magda Barlow—a quien la venganza del mar había sumido en la orfandad—ya había aprendido, con la experiencia de duras lecciones, que si los hombres de la costa nacieron para trabajar rudamente desafiando siempre al peligro, sus mujeres viven para sufrir y llorar sin esperanza.

Por eso Magda, muy amiga de Elena, solía procurar arrancarla de sus temores puestos en las roncadas olas...

—¿Otra vez esperándolo? Si yo tuviera que ca-

sarme, como tú, el sábado que viene, a buen seguro que ahora me encontraría en casa pasando revista a las prendas de boda—le objetó aquella tarde.

—Hoy le aguardo con mayor angustia que otras veces...—respondió Elena.

—Ten confianza... Tu Pedro volverá... no lo dudes... y te casarás con él... y seréis muy felices...

—¿Cómo es posible que tú, Magda, siendo tan conocedora del mar y de sus traiciones, no receles de él? ¿Quién pudiera tener la misma confianza!

Entretanto, en el agua, flotaba majestuosamente el barco al mando del capitán Stover, camino de regreso.

El trabajo que más le satisfacía a Pedro era el de arriesgarse, con la entereza de su espíritu fuerte y animoso, al salvamento de los barcos en peligro.

Aquel día le había tocado el turno de recibir—otra vez—ayuda del capitán Stover, al capitán del transportador "Lindauer", Lindstrom de nombre: sujeto imprudente y jactancioso, exento de las características que constituyen la nobleza y el verdadero valor personal.

—Te hemos remolcado de nuevo evitando que perezcas. Ahora puedes ya continuar la ruta por ti solo—le dijo Stover, una vez cumplida su humanitaria acción.

A lo que Lindstrom, estúpidamente, respondió:

—No te creas indispensable, Stover. Más de una vez he pasado "La Barra", y pienso pasarla aún sin necesidad de tu auxilio.

Pedro, buen chico, dejó hablar al ingrato: en cambio, Guillermo Keenan, viejo mecánico del barco que él conducía, algo filósofo, que había adquirido su peculiar experiencia en el libro práctico de

la vida, quería "obsequiar" a Lindstrom con unos cuantos "piropos", para que se cayese de espaldas, mas Stover le hizo desistir de ello, despreciando así más a quien no merecía siquiera que se gastase saliva para hablarle.

Poco después, sin nuevo incidente que lamentar, Pedro condujo su remolcador "Chief", de la Compañía de Maderas, a buen puerto.

Elena recibió a su próximo futuro marido con los brazos muy abiertos, para apresarlo enteramente en ellos, y llena de amor le cubría de miradas. Parecía decirle. "¡Cuánto he sufrido en la espera de tu regreso!" Y también: "¡Cuánto te quiero!"

Por su lado, Magda se colgaba al cuello de Jack Ellis, su prometido—que también ella era joven y bonita—, segundo de a bordo del remolcador "Chief", y buen camarada de Pedro.

Para la huérfana, Jack era el compendio de todas sus ilusiones. Su corazón le pertenecía en absoluto.

También Jack, sinceramente enamorado de Magda, la amaba con toda su alma.

Y ambos, de temperamento romántico, gozaban, a cada nuevo "encuentro", construyendo castillos en el aire para el porvenir.

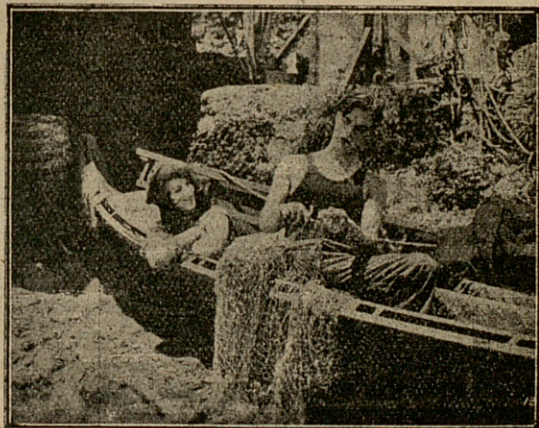
No se quedaba tampoco corto el viejo mecánico Guillermo en cuestión de conquista de un corazón. Nada menos que desde veinte años atrás, y sin interrupción durante tan larga fecha, venía hablandose de su matrimonio con su contemporánea Penélope Wise, una solterona que, considerándose ella misma como indispensable en el pueblo, se metía en todo, no para molestar, como se pudiera creer, sino para ser útil a sus semejantes.

Penélope esperaba y esperaba... hasta que el fi-

lósofo concretara sus relaciones de palabra con ella.

—Yo no me casaré contigo mientras no abandones el vicio de fumar en esa pipa sucia y apesante—le advirtió, apenas se le acercó, aquel día. Guillermo, galante, prometía "enmendarse".

—Para complacerte, haré lo posible por quitarme



Para la huérfana, Jack era el compendio de todas sus ilusiones.

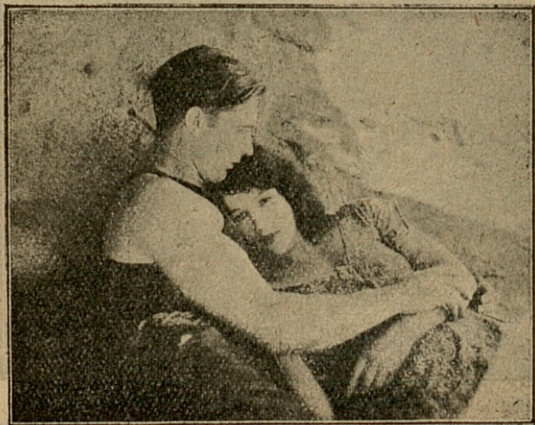
de fumar, y guardaré la pipa como un recuerdo histórico.

En aquel momento, Magda y Jack, en la casita junto al mar de la primera, se disponían a prepararse la comida, para no separarse el uno del otro en todo el día.

Jack, acariciando con los ojos a Magda, atarea-

da en la condimentación del yantar, tocó en el gramófono una canción de marineros, coreándola con vehemencia:

*Alegres y esperanzados
Hemos salido del puerto.
Soplan brisas de bonanza
Y el mar, nuestro fiero amigo,
No mostrará sus rigores...*



Y ambos, de temperamento romántico, gozaban, a cada nuevo "encuentro", construyendo castillo en el aire para el porvenir.

Y con la música de Jack alternaba el batir de un huevo en un plato, bajo la experta "batuta" de Magda.

Dos días después, Elena y Pedro iban a contraer matrimonio.

Todo estaba preparado para la ceremonia.

Penélope, ejerciendo de "maestro de ceremonia", daba instrucciones a Elena.

Para no ser menos que su "prometida" del alma, Guillermo se las daba de padre cerca del novio.

—¡Ah, querido Guillermo, estoy preocupado!—decíale el capitán—. Este acto lo considero el más grande y el más solemne acontecimiento de mi vida.

—No olvides, mi buen Pedro, que los tres grandes acontecimientos en la vida de un hombre, son: el nacimiento, el matrimonio y la muerte... y que Dios, en su inmensa sabiduría, ha colocado el matrimonio entre el nacimiento y la muerte, para que ésta nos parezca más dulce.

—¡De prisa... he aquí la novia!—avisó Penélope.

Pedro no podía andar, tal era su emoción.

—Animo, chico, ánimo—lo estimuló Guillermo, empujándolo hacia donde le esperaba la gentil Elena.

Ya cerca de ella, no vaciló más el marino. La dulce expresión del rostro de su amada le auguraba una vida de felicidad sin par.

El rito fué breve.

Durante el mismo, Magda lloró estrechándose contra el pecho de Jack.

—Que Dios la haga bien casada—murmuró.

—También nosotros nos casaremos, vida mía—replicó él.

—Sí, sí, Jack... Debemos casarnos...

Cuando ya Elena y Pedro eran mujer y marido, respectivamente, y que ambos se cambiaban el be-

so de fidelidad en público, llegó un convidado a quien no se esperaba.

La inopinada presencia del mismo, despertando en la memoria de Elena recuerdos ya olvidados, imprimió en su semblante matices de contrariedad, turbadores de la dicha que hasta entonces la embargara.

Como Pedro observó la sonrisa del desconocido dirigida a su esposa, y la sorpresa de ésta al verle, Elena no pudo menos de presentar a los dos hombres.

—Pedro, te presento al señor Hayden, a quien conocí durante la época de mi pensionado en San Francisco de California... Señor Hayden, mi marido, Pedro Stover, capitán de la marina mercante.

Hayden tendió su mano a Pedro, y añadió a la presentación que de sí hizo Elena:

—Soy el nuevo director de la Compañía de Maderas, y, no obstante no haber recibido invitación, me he tomado la libertad de venir al casamiento del capitán de nuestro remolcador.

Elena recibió con cierto desagrado la noticia, al revés de Pedro, que se apresuró a agradecer tal atención de Hayden.

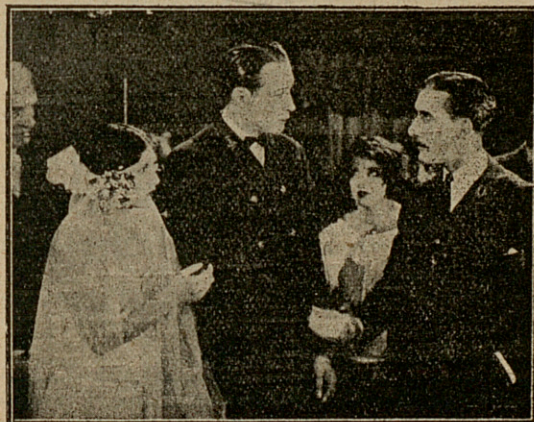
—Hizo usted bien en venir, señor, y su visita en este día es para mí un alto honor, al que sabré corresponder.

Al poco, aprovechando un momento de soledad de Elena en el jardín, en el que se aisló con ella Pedro, a quien las muchachas invitadas a la boda fueron a buscarle luego, Hayden le demostró a aquélla su extrañeza de encontrarla casada.

—Usted cesó de escribirme hace tiempo, sin que ninguna causa explicable originase su silencio, y yo, considerando que nuestras relaciones quedaban

interrumpidas por la exclusiva voluntad de usted, me creí relevada de todo compromiso — contestó Elena.

—Circunstancias que merecen explicarse en mejor ocasión—prosiguió Hayden—cortaron el curso de mi correspondencia, mas no torcieron mis propósitos; y la prueba es que, para estar a su lado y casarme con usted, he aceptado la dirección de



—Soy el nuevo director de la Compañía de Maderas, y, no obstante no haber recibido invitación, me he tomado la libertad de venir...

la Compañía de Maderas.

—Todo eso que usted me explica es muy de lamentar, porque yo amo al capitán Stover y me considero muy dichosa con que él sea mi marido—afirmó Elena.

La aparición de Pedro cortó aquella entrevista, sin que él pudiera recelar que la aparente cordialidad de Hayden encerraba móviles de distinta significación, y, sobre todo, de más profunda trascendencia.

A la mañana siguiente a la boda del capitán con Elena, preparábase Magda a efectuar, a su manera, la ceremonia de matrimonio con Jack.

Ataviábase con una cortina de cretona, cubriase la cabeza con unos encajes, caminaba a pasos pequeños, haciéndose la ilusión de que era una novia auténtica... sin más novio que una americana colocada alrededor de una silla superpuesta a otra, y encima de dicha americana, una boya de yeso en cuyo centro había una fotografía de Jack.

Simultáneamente, éste le decía a Pedro, a bordo del "Chief", al punto de disponer la inaplazable partida del remolcador:

—Cuando regresemos, mañana, me casaré con Magda.

—¡Gran idea, Jack! Ya te hace falta una mujer que te cuide y limpie tus bolsillos, como tú te cuidabas de limpiar los míos...

Pero he aquí que, una falsa maniobra de Jack al enrollar la cuerda de la hélice del barco, lo arrojó al agua sin lograr salir a flote.

Pedro, personalmente, intentó, zambulléndose varias veces, salvarle, mas todo fué vano. ¡El pobre Jack había sido destrozado por la misma hélice!

Ignorante de la tremenda e irreparable desgracia de que el infeliz Jack acababa de ser víctima, Magda proseguía la ceremonia que jamás había de tener realidad.

A falta de anillo bastaba un hilo cualquiera alrededor del dedo.

De pronto, cual lúgubre mensajero de la muerte,

la campana del puerto anunció con funerarios ecos, por los ámbitos del pueblo, que el mar, implacable en su saña, había causado una nueva víctima.

Magda estremeciéndose sin poderlo remediar.

La boya a guisa de marco del retrato de Jack, que Magda colocara, en su inocente juego, a continuación del cuello de la americana del desaparecido, cayó al suelo y rompióse en múltiples parcelas.

—¡Dios mío!... ¡Tengo miedo!—clamó la muchacha.

Breves minutos después, portador de la horrible noticia y con ánimo de consolar a la novia sin novio, Pedro se presentó en la cabaña de ella.

Al verle, desencajado y triste por el vano esfuerzo realizado para tratar de salvar a Jack, sumado al dolor de la pérdida de su mejor amigo, Magda llevóse las manos a la cabeza, hundiéndolas en sus cabellos; y, con ojos desorbitados, gritó:

—¡Jack!... ¡Mi Jack!

Pedro no pudo hablar; mas sus miradas eran lo bastante elocuentes para que Magda comprendiese.

Tras del amargo llanto con que la desdichada huérfana suavizó su quemante pena, Pedro le aconsejó la misma resignación que siempre supiera tener en trances terribles como aquel, y, acompañada por el lúgubre toque de la campana "de la muerte", Magda, entre suspiros y sollozos, reveló su comprometida situación:

—Nosotros debíamos casarnos mañana... ¡Es horrible!... ¡Nuestra casa deshecha... nuestro...

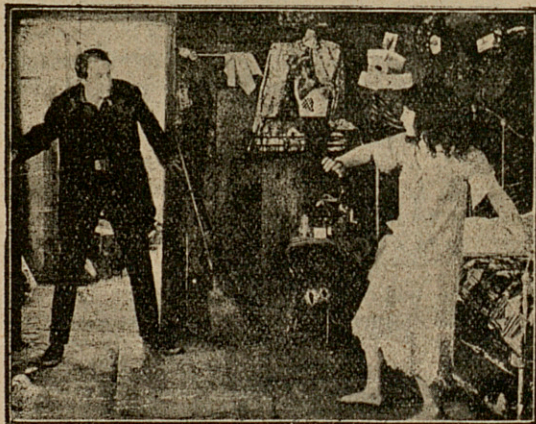
Pedro, asombrado, sintió como su corazón se encogía de piedad.

—¡Cómo se desbordarán ahora las muer-

ciones! —añadió Magda—. ¡Cuánto hablarán los maldicientes! Pero... ¡yo le amaba y era suya!

—¡Animo, Magda, ánimo! ¡Por la memoria de Jack, yo te prometo defenderte!

—¿Para qué, Pedro? Lo mejor será que yo abandone este pueblo. Los recuerdos, la hostilidad de las gentes, esa campana cuyos sonidos hielan la sangre, harían interminables mis sufrimientos.



Pedro no pudo hablar; mas sus miradas eran lo bastante elocuentes...

—Sé que necesitas llorar... y estar sola... y me marchó, Magda... Mañana volveré.

La infortunada muchacha agradeció las palabras de consuelo de Pedro, y apenas éste hubo salido de la cabaña, arrodillóse en el suelo y lloró sobre los restos del marco del retrato del amado.

Lo mismo que aquel frágil círculo de yeso se rompía en pedazos al chocar con la tierra, así habíase destrozado bruscamente las ilusiones y las esperanzas y la vida entera de Magda.

De la cabaña de Magda fué Pedro hacia su casa, y le salió al paso, en camino, Elena, cuyos brazos rodeáronle el cuello con temblor.

—¡Bendito sea Dios que te veo! ¡No puedes



—¡Animo, Magda, ánimo! ¡Por la memoria de Jack, yo te prometo defenderte!

imaginarte con cuánta ansiedad te aguardaba!

Pedro refirió a su querida mujer la tragedia ocurrida, y ello provocó el conflicto entre las exigencias que le imponía su profesión, y las exigencias que, con igual imperio, reclamaba la mujer amada.

—Si verdaderamente me amas, Pedro, abandona el mar. Tu vida en el agua me inquieta con la pesadilla de una preocupación constante.

—Considera, Elena, que si el mar es enemigo temible, es también amigo generoso que subviene a nuestras necesidades. No obstante, te prometo, para librarte de inquietudes, no pasar "La Barra" en días de borrasca.

Algunos meses más tarde, Pedro y Elena aguardaban ver santificado su amor con la mayor y más dulce recompensa.

—He ido hasta Empire este mediodía y te he traído un encarguito, Elena—le dijo Pedro, aquel día, a su mujercita.

—¿Qué es ello, Pedro?—preguntó, curiosa, ella.

—Mira.

Apareció un borceguí de niño.

—¡Pero, maridito, si esto es para un bebé de cuatro a cinco años!

—Como es la primera vez que me van a hacer padre...

Rióse Elena, y luego, abrazada a su marido, obtuvo de él la promesa formal de no dejarla un momento sola, y se retiró a descansar.

Por la noche, en las oficinas de la Compañía Maderera se recibió un cable redactado en estos términos:

"El Vigilante" abandonado en "La Barra" pide socorro.

Capitán Lindstrom.

Hayden, el director de la compañía, que, por respetuoso tributo a los deberes que la sociedad impone, había procurado contenerse en límites prudenciales no exteriorizando su pasión hacia Elena, aun cuando seguía guardándole culto fervoroso en sí mismo, hizo contestar que el "Chief", al mando de Pedro, salía en auxilio de "El Vigilante".

Esa respuesta obedecía al recuerdo de Hayden de que Pedro no quería salir del puerto en tiempo de tempestad, por no disgustar a Elena.

Obligándole a obedecer—decíase Hayden—, entre Pedro y su esposa surgiría una disputa, sobre todo desobedeciéndola estado ella hacia el final de "la cuenta", y tal vez tras una llegaría otra y el camino que él deseaba recorrer se allanaría para su provecho...

Así, pues, mandó que se avisara a Pedro; mas Guillermo, el viejo filósofo que esperaba morir

de aburrimiento para casarse con Penélope, quien le aguardaría hasta la otra vida, se permitió objetarle a Hayden:

—¡Es imprudente enviarnos a "La Barra" en una noche semejante! ¡El remolcador "Chief" dejará su casco en la temeraria salida!

—¡Debe ir... y basta!

—Un marino ha nacido para ahogarse, pero no



Por la noche, en las oficinas de la Compañía Maderera se recibió un cable: "El Vigilante" abandonado en "La Barra" pide socorro.

para obligar a que se mate el capitán Stover cuando su mujer necesita de su presencia y de su ayuda. De modo que yo no voy a darle el recado de usted...

Hayden, impellido, además de la razón particu-

lar, la más poderosa, por la de su deseo de salvar "El Vigilante", se personó él mismo en casa de Pedro y, en la habitación inmediata a la en que estaba su mujer, le expuso el caso que motivaba su visita.

—¡Aprisa, Stover! ¡"El Vigilante" se encuentra abandonado y es urgentísimo que regrese esta misma noche!

Pedro, decidido a no faltar a la palabra dada a su esposa, replicó, lamentando lo que sucedía:

—¡Que busquen quien me substituya! Bien sabe usted qué excitación nerviosa se apodera de Elena los días de tempestad, y el solo nombre de "La Barra" es suficiente para causarle una emoción peligrosa.

—Si "El Vigilante" no llega esta noche al puerto, está perdido. Sólo usted puede hacerle pasar "La Barra".

—El doctor me ha anunciado que toda impresión desagradable sería funesta para la vida de Elena. ¡Así, por nada ni por nadie la dejaré sola esta noche!

—¡La obligación de usted es salir! ¡Yo le ordeno que cumpla con su deber, capitán Stover!

—¡Por encima de las órdenes de usted está mi voluntad! ¡Acepte desde ahora mi dimisión!

Aquí, oyóse la débil voz de Elena que llamaba a su lado a Pedro. Este entró un momento a su cuarto, y ella, como si presintiera algo grave, le asió las manos con fuerza y le dijo:

—¡Tengo miedo, Pedro; tu presencia es mi fuerza! ¡No me abandones, por favor!

—¡Te lo prometo!—afirmó Pedro de nuevo.

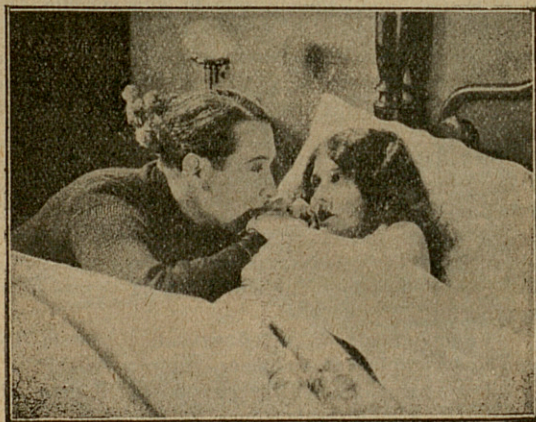
Al volver a salir de la habitación de Elena, Pedro vió en espera a Hayden, que no perdía la

confianza de obligarle a acatar su mandato, y le manifestó:

—Se trata de la vida de mi mujer y de nuestro futuro hijo. ¡Pierde usted inútilmente el tiempo aguardándome!

Hayden recurrió a las comparaciones para despertar el amor propio de Pedro.

—¿Qué concepto formaría usted del honor de



—*¡Tengo miedo, Pedro; tu presencia es mi fuerza! ¡No me abandones, por favor!*

otro capitán que desertara de su puesto en el instante en que la propia esposa de usted se encontrase en peligro? ¡Y en ese barco que lucha a la desesperada con el titán, hay mujeres y hay niños que perecerán por falta de ayuda!

Pedro titubeaba.

—¡Despierte su conciencia, capitán Stover!— prosiguió Hayden—. ¡Cuando la campana lance al viento su lúgubre aviso, conocerá usted, con remordimiento, que mujeres y niños y viejos han muerto porque el capitán Stover sintió cobardes desfallecimientos para acudir al sitio del deber!

Pedro ya no pudo más. La visión de la tragedia descrita con bajos fines por Hayden, le había vencido.

—¡Voy!... ¡Voy!... ¡Oh, gran Dios, ayúdame!!— dijo el marino, determinándose a salir.

Penélope fué telefónicamente prevenida de que Elena necesitaba de ella por tener que ausentarse Pedro, y al llegar la solterona a la casa, el capitán pudo decirle, antes de partir:

—Me voy. Estoy obligado a ello. Se trata de salvar un centenar de vidas. Si Elena se despierta, hazle comprender que un deber de humanidad me llamó a "La Barra".

Penélope vigiló como una buena hermana de la caridad el sueño de la futura madre; pero cuando ésta se despertó y se encontró en la estancia sin la amorosa compañía de Pedro que tan eficazmente la sostenía en sus desalientos, sintió la súbita exaltación de sus arraigados terrores.

—¿Dónde está Pedro?... ¡Lo presiento... estoy segura... ha salido al mar!—dijo a Penélope.

—¡Hay un navío en peligro!... Se ha visto precisado a salir.

—¡El mar lo sepultará también, como a Jack! ¡Yo lo impediré a todo trance!

—¡Por favor, Elena, calma! Hay que ser razonable.

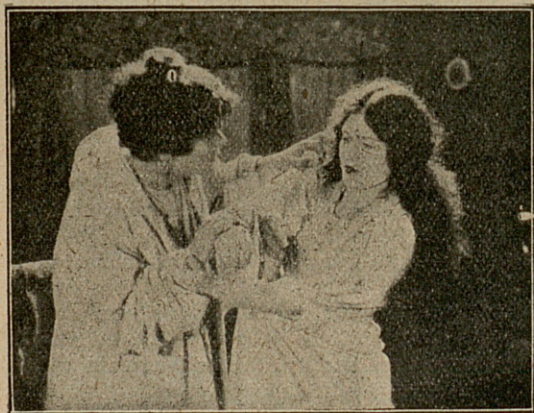
Pero Elena, loca de espanto, huyó de la casa en dirección al puerto, bajo una lluvia torrencial.

Alarmada, Penélope telefoneó al doctor del pue-

blo, temiendo que Elena se hubiese vuelto loca, y después salió en su persecución con gente del lugar.

En delirio febril su imaginación, creía ver Elena el remolcador a la deriva y a Pedro exánime en el puente.

Otra vez la campana con sus repercusiones macabras, esparecía en el pueblo desesperantes deman-



—¡Por favor, Elena, calma! Hay que ser razonable.

das de auxilio, y al fin Elena cayó como muerta en tierra, siendo recogida al poco y conducida a su casa.

Semejante crisis de terror, conmoviendo vigorosamente su organismo, contribuyó a precipitar los

acontecimientos. Algunas horas más tarde, Elena era ungida con la sublime maternidad.

Entretanto, Pedro, que ignoraba los trágicos hechos acaecidos desde su salida, remolcaba "El Vigilante" hasta el puerto, valiéndole su hazaña la general aprobación.

Ajeno Pedro a ello, Magda, la desgraciada novia del pobre Jack, viajaba en "El Vigilante", y, al verla desembarcar en North Bend, él no pudo menos de alegrarse de encontrarla.

—Pero ¿qué es eso?—dijo, fijándose de pronto en un envoltorio inquieto—. ¡Una criaturita! ¿Vuestro hijo?

—Sí, Pedro... El hijo de Jack... Se llama como su padre.

—¡Cuánto tiempo sin verte! He pensado mucho en ti... Celebro que todo haya ido bien... ¿Qué te propones hacer ahora?

—Para encontrar trabajo me veré obligada a abandonar a mi hijo. Preferiría volver a Empire.

—No creo que debas separarte de él, Magda. Ya hablaremos. Como la salud de Elena me inquieta, voy al hotel para telefonarle que esté tranquila. De paso te dejaré instalada por mi cuenta en una habitación hasta decidir algo definitivo. Ya sabes que yo siempre te ayudaré cuanto pueda.

En el hotel a donde fueron Magda y Pedro se encontraba el cínico capitán Lindstrom, quien miró de arriba abajo, con descaro, a la madrecita.

Pedro le hizo a su colega el desprecio de no reconocerle.

Y he aquí que, al inscribir Pedro a Magda bajo el nombre de "Señora Jack Ellis", Lindstrom se encará con ellos y les objetó:

—¿Ha dicho Jack Ellis? ¿Cómo se les ha ocurrido a ustedes apropiarse ese nombre?

Pedro midió a Lindstrom; y concretó:

—¡He dicho señora Jack Ellis y lo sostengo! ¡Que los maldicientes de vuestro jaez lo tengan por entendido!

—¡Qué frescura la de atreverse a suplantar sin respeto alguno el nombre de un muerto!—añadió Lindstrom.

Pedro perdió el freno...

Una mirada retadora, fulminante de rencores, fué el punto inicial de violenta lucha entre los airados interlocutores.

Pedro resultó ser el más fuerte, y como hirió a Lindstrom, el *sheriff* de la localidad lo detuvo, encerrándolo en espera de órdenes superiores.

No sentía Pedro el incidente por las consecuencias de la detención, que, al fin y al cabo, constituía motivo de orgullo reivindicar los respetos hacia el compañero muerto, sino porque se veía privado de adquirir noticias de Elena.

Guillermo, el buen vejete, fué quien le llevó nuevas de los suyos a Pedro, y por cierto que el encargo de dárselas no era agradable ni fácil de cumplir. ¡Decirle a un marido que su mujer estuvo a punto de morir, y a un padre que su hijo murió apenas nacido!...

Pedro, desesperado por no poder acudir al lado de su compañera, y besar al tierno ser de cuya risa jamás gozaría, impetraba la clemencia divina para sobrellevar su infortunio.

Guillermo, prescindiendo de tratar de desendurecer el pétreo corazón del *sheriff*, gestionó cerca de altos elementos la libertad de Pedro, una vez conseguida la cual volvió éste a su casa.

Las malas lenguas se desataron en el pueblo.

—¡Una historia sabrosísima que os llenará de asombro! El capitán Stover ha sido arrestado por

causa de ciertos enredillos amorosos. ¡Quién había de decirlo de él, que parecía un bendito!—murmuraba una alcahueta en un corro de comadres sin otra ocupación que la de dar tijeretazos a la reputación del prójimo.

El estado en que Pedro encontró a Elena al volver a su hogar, no ofrecía ningún serio peligro, pero, no obstante, debía procurar la mayor tranquilidad a la enferma, que sonrió débilmente al sentirle cerca de sí.

¡Cuánto había sufrido la dolorida madre sin hijo!

*
**

El tiempo se encargaba de ir cicatrizando la herida que la muerte de su primer hijo abrió en el pecho de Elena, y todo parecía volver a la normalidad.

De vez en cuando, Pedro iba a Empire para

aliviar con algún socorro la crítica situación de Magda—que gracias a su generosidad no se había visto precisada a abandonar a su hijito—, pero ignoraba que la maledicencia se complacía en tejer alrededor de Elena una historia de fantásticas presunciones que iban sembrando en el hogar la destructora semilla de la discordia.

Una mujer fué la encargada de poner sobre falso aviso a la tranquila esposa.

—Todo el pueblo comenta en tonos compasivos su desgracia, señora Stover. Se dice que, mientras usted quería suicidarse, su marido agasajaba a otra mujer y al hijo de ésta... y todo el mundo asegura que, aun ayer tarde, él estaba galanteando en casa de la predilecta.

—Pedro salió ayer, es cierto—dijo Elena—, pero fué para reparar la estacada de Empire.

—¿La estacada de Empire? ¡Gran pretexto! Telefónee al señor Hayden y él la podrá informar con certeza. Así quedarán tranquilas todas las conciencias.

Aunque Elena no quisiera dar crédito a las palabras de esa falsa amiga, el dolor de los celos y la amargura del desengaño la decidieron a seguir su consejo de telefonear a Hayden en cuanto estuvo sola.

Como la respuesta fué netamente negativa, Elena recibió aquel día a Pedro con hostilidad.

—Tu trabajo no debe haberte fatigado mucho, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices, Elena?

—Por lo que tú ya sabes.

—Yo no sé nada.

—Pregúntaselo a Magda, en cuya casa estuviste ayer.

—Te han engañado, Elena. Tú bien sabes que ayer estuve en...

—¡No sigas! ¡Mientes! En Empire no hay ninguna estacada. Sé que fué destruida hace unas semanas.

—En efecto, Elena, la estacada ha desaparecido... mas lo otro no es cierto. Ayer tuve que ir lejos... Después de la muerte de Jack, y siempre que debo efectuar un viaje de peligro, miento para descargarte de tus sombrías preocupaciones; mas, en el fondo, nunca faltó a la verdad.

—¡La verdad! ¿Te figuras que puedo creerte? ¡Repito que tú estuviste ayer en Empire en casa de Magda! ¡Además, cuando mi vida y la vida de mi hijo estaban en peligro, tú me abandonaste! ¡Esa es una vileza y una traición indignas de un hombre! ¡Y esta noche, como siempre, mentiste! ¡Tu conducta para conmigo ha sido perfidia constante, farsa vergonzosa que abre entre nosotros la fosa de la indiferencia!

—Pero, Elena... Serénate... No debes ponerte así. Estoy seguro de que no crees lo que dices...

—¡Hablo en serio, Pedro! ¿Crefías tú que la mentira iba a perpetuarse?

Pedro sentía con íntimo dolor los sufrimientos de Elena, pero su voluntad, anulada por el agobio de una culpa aparente, era débil para defenderse.

Aquel mismo día, dispuesto Pedro a distanciar sus visitas a Magda, para no dar más que hablar a la gente, volvió a Empire, y, disimulando sus penas, le habló así a la que tuvo el amor de Jack:

—Tengo la intención de renunciar a la vida de navegante, Magda, y así no vendré a Empire con tanta frecuencia. Sin embargo, avísame si tienes necesidad de mí, porque la memoria de Jack me obliga a no abandonarte.

Penélope, con nobilísima idea encaminada a disipar las nubes que enturbiaban la felicidad de Pedro y Elena, visitó a Magda, después de salir el capitán de su casa.

—Hija mía—le dijo—, el objeto de mi visita es prevenirte de que ya es tiempo de cortar las murmuraciones y las hablillas de mal género que circulan acerca de ti...

—¿Qué significa eso?—inquirió Magda.

—¿No ha llegado a tus noticias el que se comenta, con disfavor para tu conducta, tu responsabilidad en las desavenencias del matrimonio Stover?

—¡Eso es falso! Pedro me ha favorecido generosamente, pero con toda honradez, y yo he aceptado su desprendimiento por mi hijo. ¡Pero ya comprendo!... La murmuración es muy mala. Por eso Elena, a pesar del afecto cordial que antes nos unía, jamás ha venido a visitarme.

Como loca salió Magda de su casa en dirección al muelle para embarcar en el remolcador de Pedro, e ir a North Bend a darle a Elena las explicaciones que merecía, pero quiso la fatalidad que el barco zarpase cuando ella llegaba, y, debido al impulso de su carrera, Magda dió un paso en falso y cayó al agua.

Pedro ordenó que se diera marcha atrás, para recoger a Magda en el remolcador, mas la popa de éste, por terrible desgracia, magulló, apretándolo contra la pared del muelle, el cuerpo de la infeliz que se debatía en el agua.

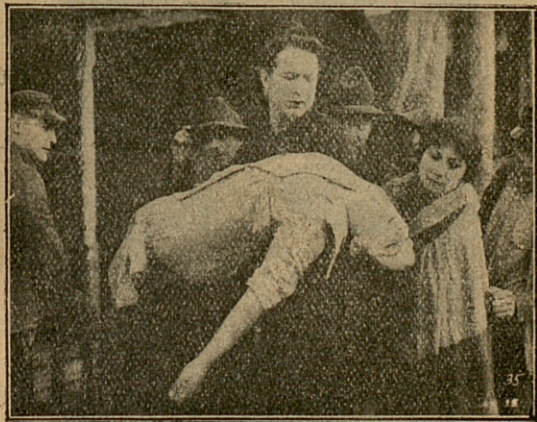
Pedro condujo en grave estado a Magda a su casa de Empire, avisándose en el acto a un médico.

Entretanto, en North Bend, Hayden aprovechaba los celos de Elena para atraérsela, y se proponía

recordarle que él la amaba desde antes de haber ella conocido a Pedro.

Encontrándose Hayden con Elena, Guillermo telefonó a ésta que Pedro no podía regresar aquel mismo día, por estar Magda muy gravemente herida.

Siempre dominada por los celos, Elena exteriorizó su estado de ánimo delante de Hayden:

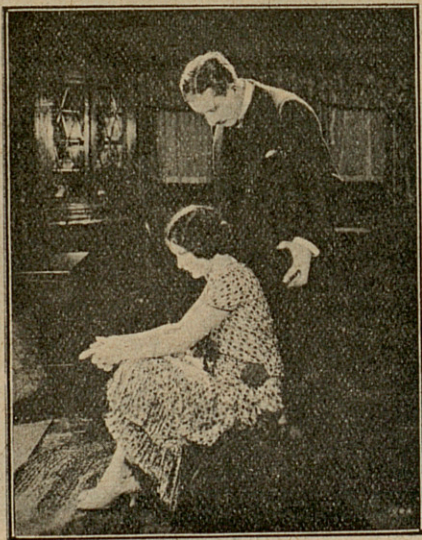


Pedro condujo en grave estado a Magda a su casa...

—¡El ama a esa mujer de que le hablé!... Ahora me convengo del todo de que nunca me tuvo ni el más ligero afecto.

Y Hayden, como gavilán sobre la paloma incauta, dijo:

—Cuando yo la creía a usted feliz, jamás me atreví a ofenderla con ningún género de insinuaciones. Pero yo la he amado siempre, Elena. ¡Véngase conmigo! ¡Abandone este lugar en donde no



—Cuando yo la creía a usted feliz, jamás me atreví a ofenderla con ningún género de insinuaciones.

le aguarda nada de lo que usted es digna de tener!

—Sí, me marcharé; pero sola.

Al mismo tiempo que Elena se embarcaba en el transporte "Lindauer", Pedro volvía a su casa, trayendo consigo el hijo de Magda. La desgraciada muchacha había sucumbido al poco de ser curada de primera intención antes de mandarla al hospital.

Muy lejos estaba Pedro de encontrarse en su casa con esta carta de la celosa esposa:

Querido Pedro:

Yo no puedo soportar la idea de que tú hayas dejado de amarme.

Si yo tuviera un hijo, por él me resignaría al doloroso sacrificio de vivir a tu lado. Ahora, no tengo valor para someterme a la prueba torturante de una interminable humillación.

Adiós, Pedro; que seas dichoso, con Magda, y no olvides que siempre te amó,

Elena.

Efecto desolador produjo en Pedro aquella carta, de la que él, por sostener con piadosa intención su mentira de amor, era único responsable.

En el "Lindauer" también iba Hayden, que se presentó en el camarote de Elena "dispuesto a todo".

Como ella rechazó sus proposiciones, Hayden, a lo bruto, quería imponerle su voluntad.

De súbito, una avería llenó de espanto a toda la tripulación.

Fué necesario pedir auxilio a la estación radio-telegráfica de North Bend.

—¡Nos falta Pedro Stover! ¡Es el único que podría salvarnos con el remolcador!—dijo el capitán.

Entonces Hayden mandó que se le dijera a Pedro que su mujer estaba a bordo.

El telegrafista apresuróse a llevarle la noticia a Pedro, y éste acudió a exponerse de nuevo por la vida de los demás, esta vez para recuperar, además, a su adorada esposa, sin escuchar más voz que la de su conciencia de hombre recto.

El remolcador no llegó a tiempo de salvar al "Lindauer", y sólo a través de grandes esfuerzos, en los que se jugó temerariamente la vida, logró Pedro arrancar de la muerte a Elena.

Salvados del peligro, y acogidos bajo el dulce refugio del hogar, Pedro y Elena gustaron al fin de la inmensa ventura de comprenderse.

Una breve explicación bastó.

El hijito de Magda sería considerado por ellos como su propio hijo, y así honrarían la memoria de sus desdichados y nobles padres.

Y también Pedro prometía no ocultarle jamás la menor cosa a Elena, a fin de no dar pie a que la

calumnia destruyese lo puro, lo bueno y lo sincero de sus acciones, para ocultarlas bajo la careta de la envidia y de la maldad.

FIN

Prohibida la reproducción

Con esta novela exige usted la postal-obsequio de
LOIS WILSON

NÚMEROS PUBLICADOS:

N.º	TÍTULO	POSTAL-OBSEQUIO
1	Genoveva de Brabante	Viola Dana
2	Los héroes del mar	Thomas Melghan
3	El testamento del capitán Applejack	Priscilla Dean
4	La orfandad de Chiquilín	Herbert Rawlinson
5	Sin rumbo	María Jacobini
6	Una niña a la moderna	Jaque Catelain
7	La hermana blanca	Alice Terry
8	El Egoísmo de los hombres	Lew Cody
9	La mujer de bronce	Lillian Gish
10	El árabe (especial)	Harrison Ford
11	Esposas sin amor	Ginette Maddie
12	El ciclón	Rod La Rocque
13	La eterna lucha	Betty Compson
14	Malva	Glenn Hunter
15	Mentira amorosa	Lois Wilson

Este número ha sido sometido a la censura militar.

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental gran novela

LA CIUDAD DEL SILENCIO

Interpretación de

LOIS WILSON

y

THOMAS MEIGHAN

Interesantísimo asunto

Numerosas ilustraciones fotográficas

Precio: 30 céntimos

Postal-obsequio: CHARLES RAY

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA

Sale todos los viernes en toda España.

